

Virginia Aguirre, actriz

POR EUGENIO NÚÑEZ ANG

Tendría escasos dieciséis años y Virginia Aguirre ya era una Diva. Así, con mayúscula. Actuaba con la naturalidad que le imponían los papeles que adoptaba en la vida cotidiana. Para ella la vida era un escenario y no le fue nada difícil empezar a hacer teatro. Realidad y ficción, alrededor de éstos giraba su mundo: el Gran Teatro del Mundo era una especie de rehilete en donde cada giro le daba la oportunidad de desplegar sus dotes de actriz. Aún no había tomado una clase de actuación, pero tal pareciera que sus primeros maestros pertenecían al *Star System*: Kazan, Strasberg, Wilder, y junto con ellos las maravillosas criaturas que Virginia parecía representar. Adoptaba con precisión los gestos de Greta, las miradas de la Taylor, el talante de Lana Turner, Bette Davis, Joan Crawford; los desplantes de Rita Hayworth; frecuentemente se tornaba tierna y dulce como Audrey Hepburn... ninguna de las grandes Diosas de Hollywood le era ajena.

No sólo aprendió los gestos, las miradas, los diálogos. Fue más allá de una simple imitación y se posesionó de esas imágenes para crear la suya propia. Podía ser cualquiera de ellas, pero rápidamente volvía a ser Virginia Aguirre, como ella misma decía: “única e insustituible”. Por supuesto siempre estaba lista para “el *close up*, Mr De Mille”. Así, el turbante, los grandes lentes, el maquillaje exacto, el lápiz labial acentuando el contorno de sus labios. Todo para proyectar una imagen, una personalidad, una especie de mito viviente que tendría que formar parte del imaginario colectivo. Porque Virginia Aguirre jamás pasó desapercibida: demasiado



Como Eco, en *El Divino Narciso* (1990).

bella y atractiva, y además, con total alevosía, le encantaba llamar la atención; no lo necesitaba: todo en ella encantaba, todo en ella atraía: su voz, su rostro, su cuerpo, su personalidad. Tan es así que muchos, más de una vez, llegamos a dudar si era real o producto de nuestra imaginación.

Sobre todo si la habíamos visto en un escenario en *El Divino Narciso*, en *Este amoroso tormento*, en *Appassionata*, en *Una tal Raimunda*... Su dominio de la escena le permitía bordar con precisión sus personajes. Los directores con los que trabajó –Marco Antonio Morales, Carlos Olvera, Esvón Gamaliel– supieron admirar la espontaneidad y naturalidad con los que construía sus personajes. El público reconocía la presencia escénica de una auténtica actriz. Sus compañeros encontraron un verdadero *raport* en la comunicación dramática. Memorables algunos duetos con actrices como la queridísima Luz María Becerril (qepd) o con Adriana Barraza; o con actores como Héctor Sánchez o Hugo Renán.

Para mí será inolvidable todo el teatro invisible que pusimos en todos los escenarios posibles. Antes de conocer la técnica de Augusto Boal, Virginia ya era especialista en hacer escenas y escenitas. Sin decir agua va, ella ya estaba instalada en su papel y a mí o a cualquier otro que le hiciera segunda ya me había asignado otro. Estos juegos escénicos los representaba con quien se dejaba arrastrar por sus guiones, sus artificios de orquestadora de escenas. Así, por ejemplo, yo fui su papá, su amante, un licenciado, un tal por cual. Entre ella como mi amante y Luz María como mi mujer me hicieron quedar en el mayor de los ridículos en un concurrido restaurante. Me reclamaba, lloraba, insultaba, me restregaba en la cara mi mal proceder (era especialista en hacer tangos y panchos). Era mi secretaria, mi esposa, mi amante, mi hija, una mujer a la que le había hecho mucho daño (disfrutaba reír,

llorar, jurar y perjurar). Virginia hacía teatro sin guardar la menor consideración ni distancia, tiraba a matar. Creo que le gustaba llamar la atención, escandalizar, o como también solía melodramatizar Virginia: “hacer vibrar las fibras más sensibles del corazón humano”. Aunque muy frecuentemente la escenita llevaba jiribilla para burlarnos de las buenas conciencias o “poner la nota” por el alto costo de la vida. En nuestro medio no es fácil hacer teatro y cuando se tiene el gusanito no queda de otra: el teatro invisible resulta una verdadera arma cargada de textos y subtextos. Y Virginia Aguirre no despreciaba ser una francotiradora, una asesina en serie o una vengadora anónima. Ya lo dije: tiraba a matar. Y muchos caían sin siquiera darse cuenta. Sartreanamente, Virginia disparaba a la conciencia de muchos y nunca fallaba, siempre daba en el blanco.

Virginia tenía en mente regresar al teatro. Uno de los proyectos que empezamos a revisar era *Las amargas lágrimas de Petra Von Kant* de Rainer W. Fassbinder. Llamó a Clementina Guadarrama para que se encargara de la dirección escénica. Tal vez ésa, tal vez otra, cualquier puesta en escena con Virginia Aguirre como primera actriz vendría a representar un suceso maravilloso para la escena toluqueña. Sin embargo, tuvo que partir, inesperadamente, para cumplir otros proyectos tal vez más importantes. Hay llamados a los que uno no puede negarse. Esperamos que allá donde ahora esté siga cosechando todo el éxito y todo el amor, respeto y admiración como el que nosotros, pobres mortales, le tuvimos. Se lo merece, una Diva siempre será una Diva. Hasta pronto, bellísima.